

La envidia corroe hasta los huesos

Fernando Torre, msp.

La envidia es un sentimiento primitivo y universal. Esto lo afirmamos serenamente, pero ¡qué trabajo nos cuesta aceptar que envidiamos a alguien!

La envidia pone al descubierto nuestra pobre aceptación personal; indica que nos falta reconciliarnos con nuestros límites y valorar nuestros dones.

Envidiamos lo que vemos: bienes materiales, poder, estatus, cualidades, conocimientos, afectos, popularidad; podemos envidiar lo que sea.

La envidia se da típicamente entre hermanos: Caín y Abel (Gn 4), José y sus hermanos (Gn 37,11); también surge entre personas cercanas: Saúl y David (1S 18,9).

El proceso de la envidia es más o menos éste: 1) vemos que una persona tiene algo que consideramos valioso y nosotros carecemos de él; 2) deseamos tenerlo y luchamos por conseguirlo; 3) si no lo logramos, nos enojamos y deprimimos; 4) odiamos y tratamos de destruir el objeto deseado o incluso destruir a la persona que lo tiene: Saúl trató de matar a David; 5) nos alegramos cuando la persona pierde el objeto deseado; esta diabólica alegría es signo inequívoco de la envidia.



«La envidia corroe hasta los huesos» (Pr 14,30); es un ácido que acaba con todo, comenzando por nuestra alegría y serenidad. Crea rivalidades, causa guerras, desune a los amigos, divide las comunidades.

La envidia es cabeza y origen de muchos pecados; su antídoto es el amor que viene del Espíritu Santo (Gál 5,22). San Pablo nos dice: «la caridad no es envidiosa» (1Co 13,4). El amor nos lleva a alabar el bien ajeno, a gozarnos en que esa persona lo tenga, a agradecer a Dios que se lo haya dado.

Cuando en nuestro corazón aparezca la envidia, en lugar de negarla o recriminarnos, aceptémosla con sencillez, riámonos un poco de nosotros mismos, y aprovechemos la ocasión para ejercitar la caridad.